



XXVI.

ESPERANDO LA "OPOSICIÓN."

¡Qué candidez la del Dr. Estéban Sergio, de la 5ª Comisaría! No una, sino varias que merecen presentarse en serie.—1ª Candidez: inscribirse para la Oposición de Medicina Legal *por amor a la ciencia*. 2ª Candidez: prescindir de recomendaciones e "influencias"; rechazar la del Inspector Velázquez que le ofreció su apoyo policiaco-político en cambio de fáciles complacencias. 3ª Candidez: darse a serias investigaciones personales sobre el cadáver, cuando es tan sencillo tratar las cuestiones de Oposición con manualitos.

Era ésta la opinión de otro candidato (no candidato) a la cátedra en Oposición, el siempre práctico Dr. Pinillos.

Capítulo ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
II A U 1

—Oiga, compañero, no se engolfe! El manualito de Chincué lo saca de apuros.

En tales términos apostrofó, en el anfiteatro del hospital Juárez, Pinillos el hablador a Sergio el taciturno. Venía éste allí, acompañado de Pedro Flon, en busca de “piezas” que añadir a su colección de corazones perforados, segmentos de intestino hendidos “en sedal,” huesos fracturados y otras chucherías anatómicas. Eran las diez de la mañana. El departamento mortuorio del hospital estaba pobre. Sólo cuatro cadáveres descomponiéndose en el descanso. En la plancha izquierda, un hombre recién autopsiado, cuyas entrañas examinadas atentamente por Sergio y Flon originaron los desdenes de Pinillos. En la plancha izquierda, una mujer que acababa de llegar en hombros de Chon.

Este muertero, flor y nata de la caballería funeraria, se quejaba en su fuero interno de que su colega Lino, afligido á la sazón de diarrea cadavérica, le hubiese dejado todo el quehacer. Por lo cual, para reconfortarse, había redoblado su dosis matutina de aguardiente catalán. Trascendía... pero los médicos mortícolos acaban por habituarse a las peores emanaciones. Así, Pinillos, indiferente a aquel estado de media ebrie-

dad, le hablaba con la familiaridad deferente, reservada al experto.

—Andale, Chon! ¿qué tiene la cliente?

—Ya Ud. ve... cargadita, respondió el muertero señalando el hemisferio ventral de la difunta.

Llegó Pedroza, socio oficial de Pinillos en las necropsias, y empezó el zafarrancho jurídico. Del primer golpe, el cuchillo de Chon dejó a descubierto la grávida matriz, abierta la cual, dos manos trémulas de alcoholismo crónico, extrajeron un feto casi a término, macerado, escurrendo un agua grasosa, como pollo cocido en su jugo.

—¿De qué murió el niño? ¿de qué la madre?— Cuestiones que Pinillos cortó sin cuchillo, con su empirismo congénito. Nada de examen objetivo; las miradas del práctico se dirigían, interrogadoras, a Chon, quien, a pesar del alcohol, comprendió que su ilustre jefe lo llamaba a consulta.

—“Es tortillera la madrecita.”

En rigor, Chon debía decir “era,” tratándose de una profesión manual fenecida. Pero por una ilusión de óptica mental, peculiar a los muerteros, la ex-tortillera vivía, “daba mucha guerra,” mientras no partiera a la fosa común.

CHONILLA A. F. O. N. A. T. 11

—Mi diagnóstico está hecho, exclamó Pinillos radiante. ¿Cómo no había de estarlo si se ve escrito en estas rodillas callosas, en estas manos requemadas? ¿Como no, si se exhala (sic) de su olor a nixtamal (aunque él nada oliera), si se desprende hasta de su cara aplastada, “discoide,” semejante a las rondelas alimenticias que amasaba?... ¡Tortillera! *That is the question*, como dijo Shakespeare; *Voilà tout!* como dijo....¿quién lo dijo?... Víctor Hugo! Las tortilleras paren en falso (sic); es un hecho; yo soy un hombre de hechos. Estas (posando el índice en un flanco del cadáver) son hijas del metate; y el metate es mal padre; peor abuelo, mata al nieto. El nieto suele matar a la madre, como aquí sucedió! Es el círculo fatal, la compenetración del principio y el fin. Por eso los aztecas, que inventaron las tortillas, representaban la vida por una serpiente mordiendo la cola. . . . ¿Verdad, Chon?

Pero Chon no prestaba oído a lo que él llamaba “las loas sublimes del práctico Pinillos.” Indiferente a tanta incoherencia, se ocupaba de trazar en el cráneo de la muerta las incisiones clásicas de sien a sien yendo a confluír por detrás al nivel de la protuberancia occipital; y chiflaba a la sordina un airecito zarzuelesco.

El pasivo Pedroza salió de su reserva me-

neando la cabeza, signo de inconformidad con aquella teoría tortillera. A él se unió Sergio. Censuraron al práctico Pinillos su carencia de procedimientos prácticos para apoyar el diagnóstico. ¿Cómo un feto “macerado”, es decir, “imputrefacto” podía matar a la madre? Había que buscar lesiones materiales ú otras causas de infección.

Pinillos sacó su pañolón y despejó con estrépito sus fosas nasales. Tan singular recurso de polémica le dió tiempo para elaborar una negativa en que se afirmaba su amor al simplicismo.

—Nada, jóvenes inexpertos! No hay aquí más “causas” que el metate y el molcajete.

Resonó el rin-rin de la sierra de Chon sobre los huesos frontal y parietales. A un tirón de martillo se desprendió la “calota.” Apareció el cerebro con sus envolturas opalescentes, vertióse el hidro-cefálico en turbias gotas. Sergio y Flon hicieron funcionar sus pipetas para recoger un poco del líquido y exudados, en tanto que Pedroza se aferraba en descubrir en el corazón lesiones valvulares.

—¡Vaya unos ejercicios! exclamó Pinillos sarcástico.

CRISTINA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Se alejó solo. Iba a preparar por vías prácticas el certamen pendiente.

—Adiós, rivalitos! Están perdiendo el tiempo. En Palacio y no aquí, se prepara la Oposición de pasado mañana. Vámonos a Palacio!

Sordos al llamado, los dos médicos contemplaban el cerebro que Chon extraía, y lo examinaban con curiosidad infantil, de niños científicos.

—Desprendamos las arterias silvianas, propuso Sergio; y el practicante Flon esgrimió contra ellas la sonda acanalada.

Chon ajustaba, silvando, la calota huesosa del cráneo vacío; y se ingeniaba para restablecer, con aguja y hebra, la continuidad del cuero cabelludo. De pronto el silvido se transformó en cantar, dedicado por acaso a la muerta:

“Sal a tu ventana—sal, niña gentil—que si tú no sales,—me voy a morir,—me voy a moríír!”



XXVII.

LA TAMALADA.

Mientras los “candidatos” Sergio y Pedroza justificaban su denominación estudiando “candidamente” las cuestiones sometidas a certamen, el práctico cuanto ilustre Pinillos se preparaba por otras vías. Lo “práctico” se confundía en su espíritu con lo “útil.” Iba a la Oposición con el mismo sentido utilitario que impulsa al comerciante a llevar sus trastos a la feria. Se decía a sí mismo, que si vencía en la contienda, su título decorativo de profesor le daría un sueldo *ad vitam* y un refuerzo de clientela. Se decía también, que para triunfar necesitaba ante todo un buen jurado *ad hoc*, o lo que es mejor *ad Pinillos*.

A medida que avanzaba en sus tanteos, en-

Capítulo de la novela
"LA TAMALADA"
de Sergio y Pedroza
Pinillos

contraba el terreno minado por otro concurrente. Tuvo la sorpresa del gambusino que creyéndose solo, tropieza de súbito con un buscador de la misma veta.

—“Este Carrilitos me está haciendo mi juego tablas.”

Era, en efecto, Julio Carriles el que le había tomado la delantera para formar un jurado plausible. Se valía de dos influencias: la del Inspector Velázquez y la de su futura suegra. Porque a últimas fechas, a favor de su título de médico, se había asegurado una novia antes esquiva, hija única de Doña Anacleta Tresillo, viuda de Pimienta.

Esta gran dama era pudiente en política. Tenía en Tacubaya una gran casa con huerta y capilla. En la capilla hacía celebrar “funciones” de tres padres, predicador y orquesta, las cuales terminaban de modo profano en la huerta, con tamalada, bailecito, jueguecito y otros honestos divertimientos. Allí acudían, entre gente menuda, eminencias de toda clase, sin escasear las médicas. Tres, bien conocidas del lector concurrían asiduamente distribuyéndose lo sagrado y lo profano: los doctores Penequez, Gordete y Birján. El primero iba a las funciones de tres padres, el segundo al baile y el tercero. . . . ¡claro

está! que no había de ir el Dr. Birján a renegar de su nombre. Jugaba. Los tres iban a los tamales que salían excelentes del comal bajo la dirección de Doña Anacleta y su unigénita Casilda Pimienta, prometida consorte de Julio Carriles.

Este, no completamente satisfecho con la confección de los tamales, empujaba a su futura suegra hacia la confección del Jurado. Doña Anacleta se despachaba con los personajes que tenía a la mano en las tamaladas. Uno de sus preferidos era el Inspector Eduardo Velázquez, quien tomaba ya, en las consideraciones de la viuda, el aspecto imponente de un futuro ministro.

Se acercaba la Oposición en que Carriles, presunto yerno, iría, según vaticinios de la suegra, a mutilar en provecho propio el vocablo quitándole la *o* inicial y quedándose con el resto: una *posición social*. Por lo cual Doña Anacleta, gran política a sus horas, decidió, como ella decía, “remachar el clavo, con una tamalada selecta.”

Ya había obtenido incorporar al jurado la trinidad galénica: Penequez, Birján y Gordete. Siempre relacionando los personajes con los tamales, decía: “ya tengo el de chile, el de dulce y el de picadillo; voy a echarlos en la olla con uno de gallo. . . . Don Eduardo!”

EXPOSICIÓN NACIONAL DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA COMISIÓN ORGANIZADORA

El día de la “selecta,” el práctico Pinillos hablando modo de hacerse invitar, se encaminó a Tacubaya en busca de intrigas y tamales.

En aquella fresca tarde del naciente Septiembre, la huerta de Doña Anaclea exhalaba el aroma de sus duraznos, texocotes, aguacates y muchachas casaderas. En la glorieta central la orquesta de bandurrias y mandolinas, instalada bajo un tenderete con pretensiones de kiosko, acompasaba las piruetas de unas veinte parejas. Entre ellas, distinguió Pinillos a su rival científico “Carrilitos” amorosamente enlazado a Casildita, criatura sin más gracia personal que la de su dote probable. Más le interesó el Doctor Gordete balanceando ostensiblemente sus dijes de cadena en las sacudidas de una danza sandanguera.

Acabada la cual, Pinillos se fué hacia él y distrajo su atención dividida entre los pliegues del pantalón y las jóvenes bailables.

—Ya lo ví, Doctor Gordete. . . . ¡qué bien baila! ¡Qué soltura y qué elegancia! Así me gusta. . . . Nada como el baile para estimular la inteligencia.

Y comenzó a exponerle un tema lisonjero sobre “los beneficios prácticos del ejercicio rítmico para los sexos en contacto. . . .” Con halagos

doctorales a las aficiones coreográficas de Gordete, creía Pinillos insinuarse en su vanidad de médico dandy y prepararse su voto favorable en la Oposición.

—Yo no bailo, sino de tarde en tarde; y sólo por compromiso, observó Gordete afectando una gravedad digna de Hipócrates.

Pero al rasgar de las bandurrias, ansioso de compañera para el rigodón, dejó a Pinillos con la palabra en la boca.

Una escalera discreta conducía a un altito en que hombres serios, decepcionados del baile, se entregaban a los rebites y albures. Allí se deslizó Pinillos, dichoso de sorprender *infraganti* a su colega y futuro juez, el sabio Birján. Levantóse éste al verle, mortificado en su pudor profesoral e interrumpió los albures.

—Adelante, Doctor Birján; que yo no le estorbe. He sido del arma. He jugado a los daditos a tres centavos la puesta y seis el rebite. . . . En mi opinión, el juego es científico; primero, porque el azar interviene en todos nuestros actos, y es propio de sabios familiarizarse con el azar. . . .

—Yo casi nunca juego, objetó Birján; alguna vez, por distraerme.

—En Ud. el juego no es un acto vulgar. Ud.

CAPITULO A LOS AÑOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

juega estudiando las impresiones del adversario. Le mira Ud. su juego, por más que oculte las cartas, en el entrecejo, en los ojos, en los labios, en la tiesura o temblor de los dedos. . . . Eso se llama psicología práctica. . . .

Hubo Pinillos de suspender su demostración, porque con el rabo del ojo observaba Birján la partida, y viendo tenderse un albur de sota de oros y rey de copas, no pudo reprimir su predilección por la de oros.

—Van treinta por la sota!

Desdeñando las fichas, se apuntó Birján con tres billetes de a 10. Salió el rey; y herido en lo vivo, se puso al desquite, sin ocuparse más de Pinillos, quien creyó oportuno escurrirse en busca de Penequez.

En la capilla ardía el incienso, resonaban roncacos acordes del órgano acatarrado, entre las voces melifluas de un "coro de ángeles." Cerca del altar, distinguió Pinillos a Penequez arrodillado, los puños al pecho en la más edificante de las actitudes. Se acercó a él, pegó también sus rótulas al suelo y le murmuró al oído un saludo piadoso. Arrobadado Penequez, volvió los ojos lánguidos hacia el profano que le sacaba del éxtasis.

—Nada tan consolador como la Religión, declaró en voz baja Pinillos.

A lo cual Penequez respondió con gesto displicente, expresión de un hondo reproche que Pinillos, tan malicioso como práctico, interpretó así: "No rezo para Ud., sino para la clientela."

Se notó cierta agitación entre devotos y devotas de la capilla. Una mano vino a tocar suavemente el hombro del extático Penequez. Era una mensajera de Doña Anacleta que le susurró: "Ha llegado Don Eduardo Velázquez."

¡Solemne momento en la tamalada! La llegada del Inspector general turbó el baile, el juego y el rezo. Detuviéronse las parejas danzantes, porque la orquesta trocó la mazurka por el himno nacional. En el altito, el tapete verde se limpió de billetes y pesos para que Don Eduardo pudiese semblantear que sólo se trataba de robarse inocentemente con fichas de a centavo. . . Hasta el coro de ángeles interrumpió sus célicos gorjeos. Salieron a la puerta del templete las chiquillas *de bianco vestitas*, velón en mano; los chiquillos armados de coronas y alas, querubos de linón planchado que dejaban un momento a Dios por saludar al Inspector General.

Venía éste de medio charro, con vestón gris, pantalonera plateada y chambergo de ala gacha, a la americana. Atravesó la puerta con un

cortejo de subordinados, el comisario de Tacubaya, el escribiente Tecla, el caballero y mayordomo Cándido Cuéllar, los capataces Cabrera, Bellido, etc., y torvos policías de uniforme y secretos. Entre ellos, marchaba un hombre desgarrado que parecía surgir junto al héroe de la fiesta para recordarle la terrenal miseria. Era Arnulfo Arroyo, eran la sed y el hambre deslizándose en la tamalada con gran descontento del Inspector. Suprimirlo, mandarlo a un separo de comisaría en que lo trituraran a palos... fueron en la mente del jefe ideas confusas que relampaguearon. Pero no! Por de pronto era su instrumento, su "bala de cañón." Había que guardarlo. Se detuvo en su marcha triunfal.—"Mira, Cándido, llévate a éste a la cantina de enfrente"... Y el fámulo sintió en la palma derecha el frío contacto de una peseta.

La llegada del Inspector dió la señal de la distribución de los tamales. Salieron de las ollas a los platos, deshojados con los dedos, a la rústica; las muchachas picoteaban en la masa, como pollitas implumes que eran, sentadas sobre banquillos o aun sobre el húmedo herbaje; los varones engullían, quiénes de pie, quiénes en cuclillas. Sólo en el cenador principal se comía urbanamente en torno de una mesa mantelada. Era el

cenáculo de los "morrocotudos:" Doña Anacleta, el Inspector Velázquez, los galenos Penequez, Birján, Gordete....

No comprendido el práctico Pinillos en la invitación a la comilona especial, merodeaba en torno, armado de un plato con dos tamales y una *chalupa*. Se los comió, incrustado prácticamente en el tronco hueco de secular ahuate. Desde allí percibió los coloquios del cenador, dominados por los aspavientos de Doña Anacleta, desatándose en ayes lastimeros.

—Ay Don Eduardo! Ay que pena! ¿Lo quiere de pollo?... Uno de alón y otro de pechuga... Ay doctor, doctorcito! ¿Se lo sirvo de chile? ¿verde o pasilla? Ay, doctorcito, qué congoja!

—No se apene, Doña Anacleta; están muy bien hechos.

—Si no es eso! Es que a este pobre muchacho de Carriles se le ha puesto entre ceja y ceja ganarse la Oposición de mañana, y ya me tiene seca ¡ay, ay, ay!

.....
Se ponía el sol, y comenzaban los convidados a despedirse. En la huerta sombría, bajo el duraznal, los grillos hacían suceder a la orquesta su música chillona. Sin ser precisamente un ave nocturna, salió Pinillos del ahuate; y en el

CRISTINA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

banco de la glorieta cercana a la puerta se detuvo para responder al redactor Ezquerro del Justiciero que llegaba al terminar la fiesta, en solicitud de datos para una crónica amena.

—Cuénteme, Doctor Pinillos ¿qué tal la tamalada? ¿Bonita?

—Sí, muy bonita; pero le diré: ha habido cosas que la envilecieron. . . . a mí no me gusta hablar; sobre todo cuando se trata de compañeros de profesión; pero francamente! . . .

—Cuénte, cuénte. Doctor Pinillos.

—Pues sí; a mí no me gusta hablar de ellos; son muy apreciables. Pero les falta sentido práctico. . . . Este Gordete que se pone a bailar de modo tan ridículo. . . . un histrión!

—Véngase, señor Pinillos; déjeme acercarme al farol, que voy a tomar apuntes. . . . ¿y qué más?

“En la sala de juego hubo de condolernos profundamente el espectáculo del Dr. Birján prostituyendo la inteligencia médica al azar, que es una fuerza bruta. En la capilla, Don Antón Penequez, asociación monstruosa de Purgon y Tartufo, se golpeaba el hipócrita pecho frente a la inocencia de un coro de ángeles.”

Eso apuntaba Ezquerro en su librito, a la luz del farol, y bajo la inspiración de Pinillos.

—¿Y D^a Anacleta? interpeló bruscamente el repórter.

—Una gran señora! Pero diga Ud. que no ha robado el consonante.

Y lo soltó.

.....

Allá en la cantina, cerca del mostrador, Arnulfo Arroyo sacudía el puño cerrado en dirección a la huerta de la tamalada.

Capilla de la Iglesia
Biblioteca Municipal